

ISRAEL

En el momento en que escribo esto, Yasir Arafat, líder de los palestinos, está sin luz ni teléfono ni agua ni medicinas, completamente aislado, en un refugio subterráneo de Ramala, no muy lejos de Jerusalén, Ciudad Santa de las tres grandes religiones, capital del fanatismo y del odio, cuyo nombre me evoca esa certeza que enseñan los sacerdotes de todas las religiones del mundo: sólo nuestra fe es la verdadera. Lo tiene en esa ominosa y humillante situación el ejército de Sharon, primer ministro de Israel, elegido democráticamente por su pueblo, al que intuyo en ese papel mesiánico de los Jueces del Antiguo Testamento, despiadados y vengativos, a quienes la conciencia de saberse líderes del Pueblo Elegido de Dios les daba una confianza ciega en la victoria y la tranquilidad de guerrear con la razón de su parte.

Sharon alega que Arafat lidera una organización terrorista que mata a ciudadanos de Israel, pero nada dice de la situación a que están condenados los palestinos. Desde 1967 Israel ocupa por la vía de hecho, entre otros territorios, Cisjordania y Gaza, y ha construido en ellos (sobre todo en Cisjordania) numerosos asentamientos para colonos israelíes con un cinismo que hubiera provocado las iras de la comunidad internacional si no fuera porque esta comunidad está atenazada por un comprensible complejo de culpa desde el bárbaro exterminio a que fue sometido el pueblo judío. El mismo Estado de Israel fue construido sobre un territorio que venían ocupando los palestinos desde hacía casi dos mil años, lo que para no pocos invalida su legitimidad, máxime cuando no sólo se ha hecho sin contar con los palestinos, sino que éstos y sus descendientes se encuentran con que ahora no tienen donde vivir. También el Israel bíblico se construyó sobre un terreno ocupado por otros pueblos. Dios (el Dios de los judíos) prometió a Su Pueblo un territorio donde vivir cuando estaba sometido a la esclavitud de los egipcios y los israelitas lo ocuparon sin más legitimidad que la Palabra de su Dios. No sé si Dios pensó en los que ocupaban el territorio de Palestina antes de que Josué lo conquistara a sangre y fuego para los judíos, aunque supongo que sí, por mucho que en La Biblia lo que conste sea

su implacable y absoluto exterminio (ver el libro de Josué). Lo que sí sé es que si Dios tuviera que dar ahora una tierra a Su Pueblo lo haría contando con los palestinos, porque es de Justicia, y no tendría a cuatro millones de personas hacinadas en campos de refugiados o fuera de su patria, malviviendo y sin otros derechos que los que les dejan los nuevos señores de su destino.

En modo alguno exculpo a los suicidas que matan en las calles de las ciudades israelíes ni me vale como razón el problema palestino para justificar crímenes o venganzas. Creo, además, que Israel tiene derecho a existir como Estado y a unas fronteras seguras y en cierto modo me parece admirable el tesón con que se defiende y se ha defendido siempre ante un enemigo mucho más numeroso. Ello no quita que me parezca doblemente aberrante su postura: moralmente, porque no se puede condenar a la desesperanza a todo un pueblo (y los judíos, tan perseguidos a lo largo de la Historia, deberían ser especialmente sensibles al respecto); prácticamente, porque nadie puede estar siempre guerreando, ni siquiera aunque se cuente con la ayuda de dios, ese dios omnipotente que en nuestro tiempo son los Estados Unidos de Norteamérica.

Juan Bosco Castilla